

de sólo Shelley. Conmiseraos, si queréis, de sus ruinas espirituales, y lamentaos de su falta de adecuada educación temprana que fué en gran parte su causa; pero el pesar que se debe a sus circunstancias exteriores ha sido extrañamente exagerado. El obloquio que sufrió, deliberada y tontamente él lo había cortejado. Por lo demás, su suerte fué tal que ya la envidiarían muchos poetas jóvenes. Tenía amigos fieles, y esposa fiel; y una renta pequeña pero segura. La pobreza nunca le dictó a su pluma; los diseños de su brillante imaginación nunca los grabó en aguafuerte el corrosivo líquido de la necesidad.

Si, como les pasó a otros—como le pasó, por ejemplo, a Mangan, paria echado de su hogar, de su salud y de toda esperanza, con un pasado reducido a carbones y con un futuro descolorido y rugoso, anacoreta sin soledad, enclaustrado en sí mismo pero sin ser a sí mismo suficiente, depuesto de un mundo del que no había abdicado, herido por espinas que no formaban corona, poeta sin esperanza del laurel, mártir sin espera de la palma, tierra maldita contra el rocío del amor, exilado proscrito y prohibido hasta de los brazos inocentes

de los niños,—ardiese impotente en la pira de su propio corazón inextinguible, entonces bien podía haber sido inconsolable, entonces bien podía haberle arrojado el vómito a la vida, entonces haberse echado a esconder en la oscureciente cámara de su vida interior donde colgaran tapices de esperanzas enmohecidas, entonces haberse puesto a oír los vientos que surcan los desiertos ilimitables de la muerte. Pero suerte ninguna le tocó a Shelley semejante a la de sus contemporáneos—Keats, triturado por las mandíbulas de Londres, que llegó a Italia escupiendo su vida; De Quincey que escapó vivo de esas mismas mandíbulas, pero desgarrado y lisiado; Coleridge, a quien las mismas fauces rumiaban torpemente la mayor parte de su vida. Shelley tenía haber, poesía, amor; ello no obstante, ¡quejándose diciendo que, como un niño cansado podía echarse a llorar hasta lograr el sueño de la muerte!—¿No será así contigo, entristecido hermano? Y conmigo, ¿no será? ¿Y no habría modo de bebernos la perla sin antes diluirla en lágrimas? «¿Quién de nosotros logra su deseo? Y habiéndolo logrado, ¿quién de nosotros queda satisfecho?»

Francis Thompson

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Estos son los últimos números de la valiosísima *Colección Universal* (ESPASA-CALPE. Madrid):

Lope de Vega: *La estrella de Sevilla*.
Gaskell: *Norte y Sur*. Tomos I y II.
Anónimo: *Leyendas heroicas de los rusos*.

Carlos Dickens: *La vida y aventuras de Nicolás Nickleby*. Tomos III y IV.

De las Ediciones Hoy, Madrid:

León Trostky: *El gran organizador de derrotas*. (La Internacional Comunista desde la muerte de Lenin.) Versión española de J. G. Gorkin.

Joseph Roth: *Job*. (Novela de un hombre sencillito.) Traducida del alemán por C. K. Koellen y I. Catalán.

Lev Goomilevsky: *El amor en libertad*. Versión española de Manuel Pumarega.

Señalamos:

El número 1 de *Sur*, revista trimestral publicada bajo la dirección de *Victoria Ocampo*. Buenos Aires.

Un ministerio que entiende y extiende su radio de cultura: el de Educación Pública del Ecuador. Nos remite:

Luis Bossano: *Síntesis de la Biografía del Libertador Simón Bolívar*. Quito. 1930.

Adolfo Ferriere: *Conferencias sustentadas en la Universidad Central*. Traducidas del francés por el Dr. Julio Aráuz. 2.^a edición. Quito. 1931.

Isaac J. Barrera: *Simón Bolívar, Libertador y Creador de pueblos*. Quito. 1930.

Congreso Nacional de Educación Primaria y Normal. Conclusiones aprobadas en las sesiones del 13 al 31 de mayo de 1930. Quito.

20 estampas de Quito.

Augusto Arias: *Virgilio en castellano*. Quito. 1930.

El N.º 3 del Vol. XV, August, 1930, de *University of Illinois Studies in Language and Literature* se titula:

La grandeza Mexicana de Bernardo de Balbuena, por John van Horne. Price: \$ 1.50.

Cortesía de los autores:

Mariano Picón-Salas: *Hispano-América, posición crítica*. Ediciones de INDICE. Arte y Literatura. III. Santiago de Chile. 1931.

Rodolfo Huete Abella: *Los Banqueros y la Intervención en Nicaragua*. 1931. Managua.

Guillermo de Luzuriaga (Solón de Mel): *La novela de muchas...* Escrita en 1920. Tepic. Nay. México. 1931.

Hernán Zamora Elizondo: *Ritmo Doliante*. Páginas íntimas. Melidita Zamora Dobles. 31 de Diciembre de 1920. 27 de Mayo de 1930. Imp. Lehmann.

Joaquín Campa (Santiago del Estero,

464. Buenos Aires): *Teatro breve*. Buenos Aires. 1931.

Raquel Grunberg: *La entraña*. (Momento genésico.) Buenos Aires. 1931.

Ismael Bucichi Escobar: *El retorno de Alberdi*. Buenos Aires. 1930.

Antonio Reyes (Apartado 434. Caracas): *Cuentos Brujos*. Editorial ELITE. Caracas. 1931.

Prologa el libro J. Gil Fortoul.

José de J. Núñez y Domínguez: *Bolívar y México*. Contribución al Centenario de su muerte. México. 1930.

Raquel Grunberg (Uruguay 412. Buenos Aires): *Liceo de Señoritas*. Cuentos. Buenos Aires. 1930.

Esteban Roldán Oliarte: *Bolívar entre dos Américas. 1830-1930*. Editorial BÓLIVAR. San José, Costa Rica. 1931.

Julia García Gámez: *Portales, el predestinado*. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile. 1931.

Alfredo Ferrara de Paulos (Cipriano Miró N.º 33, Montevideo. Uruguay): *Del Teatro de la Vida*. (M. Pérez y Curis). Su obra y su vida. Montevideo.

Miguel Navarro: *Lecturas Nacionales*. Tegucigalpa. 1931.

C. Sabat Ercasty (S/c.: Defensa N.º 904. Montevideo): *Poemas del Hombre. Libro del Amor*. «Impresora Uruguaya» Montevideo. 1930.

En aquellos años leyó⁽¹⁾ muchísimas obras de filosofía y, entre otras, el tratado de Aristóteles sobre las *Categorías*... Agustín se enfrentó solo con el maravilloso y enigmático libro, y se dió cuenta de que, desde el comienzo, lo entendía y sin tropezones.

El pobre Simaco, que siempre tenía en los labios a Roma, y las glorias de Roma, y la majestad de los dioses de Roma, protege, sin saberlo, al que en la *Ciudad de Dios* escribiría el más documentado y despiadado acto de acusación contra la rapiña, la ferocidad y las supersticiones romanas.

Juan Papini.

(San Agustín)

Cuenta Papini en su muy interesante *San Agustín*, pg. 148 de la edición española (Edición VOLUNTAD. S. A. Madrid):

La casa de Agustín estaba puesta con cierto lujo, y no faltaba ni la mesita de juego. Pero, en vez de dados, vió Ponticiano encima de aquella mesa un libro, y se le ocurrió mirar el título. Eran las epístolas de San Pablo que Agustín, como sabemos, leía y meditaba por entonces con el fin de refinar en el fuego del Apóstol los frutos del iniciamiento neoplatónico.

Ponticiano, que era cristiano, y cristiano practicante, se alegró sobremanera del hallazgo; había creído fuese uno de aquellos usuales testigos que los retóricos emplean en sus ejercicios escolásticos, y encontraba, en cambio, las más deslumbradoras cartas que jamás haya escrito pluma humana: el quinto Evangelio para la conquista de los gentiles.

⁽¹⁾ San Agustín.